

## **Tachas** Ángel de la O



Septiembre no sólo es el mes de la Patria. Es el pedacito de verano que hace cien años nos trajo a Efrén Hernández, el singular guanajuatense que fue ejemplo de varias generaciones de escritores mexicanos. Podría parafrasear a Churchill y exclamar que pocas veces en la literatura de un país, tantos están en tan grande deuda con un solo hombre.

Para celebrar cedo la voz a Ana García Bergua, quien en su prólogo a la edición *Tachas y otros cuentos* de la colección “Confabuladores” (UNAM, 2002), plasmó uno de los más acabados retratos que conozco del escritor:

“A principios de 1958, cuando murió el guanajuatense Efrén Hernández a los 54 años, salieron en la prensa varios artículos que lamentaban la muerte del original prosista y poeta mexicano y llamaban la atención sobre su personalidad, tan excéntrica y volátil, al parecer, como su obra: ‘Efrén Hernández –recordaba Salvador Novo- era un estudiante pobre y humilde, cegatón, con aire de profesor distraído.



Remendaba sus anteojos con cinta de aislar, y emitía una vocecita delgada e interrogativa. Rubén Salazar Mallén elogió la limpieza moral de Efrén Hernández sobre la ‘simulación y hartazgo de notoriedad’ de sus contemporáneos, todos vueltos ya personajes importantes de la política y las letras: ‘Efrén Hernández vivió la mayor parte de su vida en la pobreza y, lo que es peor, careció por completo de estímulos. Como su modestia le impedía pavonearse, como su figura era desmadrada y ruin, pocos paraban mientes en él. Eso, no obstante, un como hábito de respeto rodeaba su nombre...’ Elena Poniatowska narró en el suplemento *México en la Cultura* la visita que le había hecho al escritor, ya muy desmejorado: ‘Su figura de sarniento, sinuosa y seca, doblada en una silla de peluche rojo, era todavía la de un pobre muchacho que casi no salía de su casa porque se pasaba la vida escribiendo versos tristes...’ Sus amigos –Octavio Novaro, Ricardo Cortés Tamayo, entre otros- se afanaron en reconstruir para la memoria la imagen de aquel joven que abandonó la carrera de jurisprudencia por haberle parecido ‘vacío y sin meollo de sustancia verdadera lo que ahí se aprende’, y llegó a ejercer toda suerte de oficios, además de hallar acomodo en pequeños puestos burocráticos relacionados con la literatura, para poder escribir y apoyar a las letras (editaba la revista antológica *América* con Marco Antonio Millán y organizaba lecturas de poesía). Es muy conmovedor ver cómo los obituarios a Efrén Hernández desmenuzaban su figura y sus dedicaciones tan curiosas, como si se pudiese dudar de que hubiese existido un hombre así: sumamente delgado, pequeño, vestido de invariable color café, con corbatas que él mismo se llegó a tejer y que llevaba desanudadas; tenía una afición por usar diferentes tipos de sombreros que incluso llegó a adornar de plumas como tirolés, y cuidaba con esmero un bigotillo de alas delgadas. Llegó a tener una librería y en la misma época le dio por fabricar aretes de plástico para sobrevivir; luego hizo lámparas con pedacitos de vidrio de colores. Y la manera tan delicada como tejía el amarre para sus lentes. Y aquella timidez cargada de malicia que lo caracterizaba y que tan bien se expresa en aquella frase dicha a Elena Poniatowska: ‘Aquí le tengo mis libros, Elenita, pero no se vaya a molestar en leerlos.’

“Ciertamente, los cuentos de Efrén Hernández causan un desconcierto parejo al que suscitaría su figura entre sus contemporáneos. Se diría que sus historias

son cavilaciones del narrador, a quien el lector sigue pacientemente por trechos de lo más agridulce. Al rato, narrador y lector se encuentran en un tramo perdido que puede ser una parte de otra historia, un rincón, un agujero en la pared, una moneda, un ratón, tres tomates [...]

“Xavier Villaurrutia escribió sobre Efrén Hernández en 1932: ‘Hablar con Efrén Hernández equivale a acompañarlo sobre la más delgada de las cuerdas flojas en la travesía más curiosa por encima de los temas que han sido la preocupación de los hombres de todas las épocas: el espacio, el tiempo, la verdad...’ Es curioso. Nicómaco, el protagonista del relato largo *Cerrazón sobre Nicómaco*, escrito por Hernández ya en 1947, sale corriendo de la dependencia gubernamental en la que trabaja, respondiendo a la orden imperiosa de entregar unos paquetes. Con las prisas, Nicómaco olvida bajar los escalones de la secretaría: ‘Menos mal que cuando caí en la cuenta y volví en mí, ya había acabado de atravesar la calle, y no descendí sobre el asfalto entre los vehículos del tráfico, sino en plena Alameda, sobre el césped de un prado que, por dicha, no había sido rasurado en más de un mes’ Estas dos imágenes: andar en la cuerda floja, andar a un par de metros del piso sin darse cuenta, expresan de alguna manera la forma en que opera la narrativa de Efrén Hernández.

“‘Tachas’ fue el cuento que le dio a Efrén Hernández la fama, amén del apodo que le acompañó hasta el final de sus días. Podría ser un cuento autobiográfico, pues Hernández estudiaba jurisprudencia cuando lo escribió: trata de un estudiante de leyes en un salón de clase que mira por una rendija de la puerta del salón un trozo de cielo, las nubes, un pájaro, mientras el maestro pregunta qué cosa son tachas. Conminado a responder, el protagonista da todas las acepciones posibles de la palabra, incluso las más chistosas (la de una sirvienta que se llama Tacha), menos la que pide el maestro. ¿En qué estaría yo pensando, cuando dije que nadie sabe qué cosa son tachas?, se pregunta el estudiante. Y el cuento procede casi literalmente a responder esa pregunta: la rendija, el pájaro, las nubes. Efrén Hernández pareciera decirnos que el hombre en estado puro es así, distraído, y que no se puede contar una historia sin contar todo lo que pasa por la cabeza y por los ojos de los protagonistas. Hay una parte de ‘Tachas’ en la que el narrador habla de lo pesado que es elegir entre tantos

caminos que no se presentan, y dice que ese problema lo resolvió Cervantes: ‘Don Quijote soltaba las riendas al caballo e iba más tranquilo y seguro que nosotros’. Entonces, lo más notable de ‘Tachas’ es la claridad con que Efrén Hernández asume aquel ‘soltar las riendas’, que le llevará a elaborar relatos de gran complejidad en los que la realidad de los pensamientos, recuerdos e imaginaciones del narrador y de los personajes corre pareja con la trama de lo que se cuenta, en una especie de trastrocamiento del orden de las prioridades que no es nada ajeno al humor. Muchas veces un elemento nimio, un objeto pequeño, es el que determina el final alegre o trágico de una historia: perder un llavero hará que se quiera suicidar ‘Un escritor muy bien agradecido’; un anillo provocará el accidente que deja sin piernas a ‘El señor de palo’; un agujero en la pared será el pretexto narrativo en ‘Unos cuantos jitomates en una repisita’, y el amor que corre bajo la historia de ‘Santa Teresa’ viajará de la muchacha al muchacho en la figura de un ratón. Parte de esta idea absurda y cómica es, por ejemplo, ‘Un clavito en el aire’, cuyo protagonista pierde, por tener que perseguir su sombrero, la idea más profunda que hubiera podido tener. En los cuentos de Efrén Hernández, la trama concreta del cuento puede quedar oculta muchas veces, dicha al pasar como si el narrador nos quisiera hacer ver que aquello que nos intriga es lo de menos: que hay muchísimas cosas más importantes que igual determinan lo ocurrido a su manera, y en las

que debemos pensar [...]

“El joven estudiante de ‘Tachas’ bien podría ser el de ‘Santa Teresa’, o el escritor de ‘Un escritor muy bien agradecido’, o Serenín Urtusuástegui, el enamorado protagonista de ‘Unos cuantos jitomates en una repisa’, o el personaje de ‘Sobre causas de títeres’ cuyos amigos pierde conforme se van volviendo adultos. Este personaje emblemático, quizá un *alter ego* de Efrén Hernández, está poseído por ciertas ideas poéticas sobre el mundo y tiene la mirada fija en ellas, como el escritor que confunde el reloj de la plaza con la luna, lo cual hace que muchas veces no repare o no quiera reparar en la realidad práctica a la que no pertenece y en cuya lógica no puede hacer nada. Vive, como Serenín Urtusuástegui, el extraño acomodo a que obligan los hoyos en la duela y las goteras de su habitación, y de ahí ejerce una especie de derecho a soñar no exento de malicia. Se da cuenta de la realidad de las cosas, pero parece decirnos, de nuevo, que eso no es lo que importa.

“Al contrario que Salazar Mallén, Salvador Novo vio en la actitud retraída de Efrén Hernández con respecto a sus contemporáneos un complejo de inferioridad. Ya fuera por una idea moral o por un complejo, ciertamente el *alter ego* de Efrén Hernández en sus cuentos establece una diferencia con los otros: yo soy así, dice, y a veces por ser así sale perdiendo de manera trágica o amarga; sin embargo, hay detrás de él la sonrisa maliciosa del que se sabe superior a los otros, y que no pierde por no saber lo que debe hacer, sino porque no quiere hacerlo. Voluntad que sería pueril si no entrañara, antes que nada, una idea estética. Y que, para colmo de superioridades se sabe reír de esta puerilidad: ‘tengo mucho miedo de morir sin haber llegado a desengañar al mundo de que mi genio es, en realidad, de una profundidad extraordinaria. Tú lo verás’, dice el narrador de ‘Un clavito en el aire’, y ya no sabemos si habla en serio o se burla de nosotros. Tiene Efrén Hernández hallazgos humorísticos muy notables, como sus conjeturas sobre lo que el ratón piensa de un cuadro de Santa Teresa en el cuento del mismo nombre, o las ideas del narrador de ‘Un escritor muy agradecido’ sobre la ropa cada vez más escasa que usan las mujeres. Cuando estamos a punto de horrorizarnos, o de considerar que en esa prosa hay demasiado dulce, Efrén Hernández salva a los lectores y se salva a sí mismo con una risa. El equilibrio que en sus cuentos guardan la crudeza, la poesía y el humor es,





por decir lo menos, piadoso con el lector.

“Es muy posible que *Cerrazón sobre Nicómaco*, relato escrito por Hernández en 1947 al que el crítico Christopher Domínguez Michael describe como una ‘ficción brillante’, sea la obra más acabada de Efrén Hernández; en ella respira Kafka, como lo señala Domínguez: al igual que ocurren la obra de este enorme escritor, la angustia y el absurdo en este relato deforman de un modo cómico y a la vez perverso el mundo que habita Nicómaco, a quien su mujer traiciona con un canguro, casi como una evocación imposible de El maestro y Margarita. También en sus cuentos se aprecia esta manera deslumbrante de operar de una prosa en apariencia huidiza e inasible, que no hace sino retratar un universo cabeza abajo, en el que hay lugar tanto para la belleza y éxtasis religioso como para la amargura. Es notable la manera en que aborda el amor Efrén Hernández en sus cuentos, siempre alusiva, más similar a ciertas narraciones de Chesterton o de Virginia Wolf. El amor es un misterio: impregna todas las menudencias de un insomnio o florece entre las grietas y los accidentes de una ruinoso vecindad. Transforma la materialidad de las cosas, como la amada de ‘Una historia sin brillo’ que al mudarse a la casa del narrador la convierte en un palacio y deja en la miseria la casa de sus padres, o como el erotismo destructivo de ‘El señor de palo’: el deseo del protagonista por las piernas de una mujer ajena decidirá el accidente que lo dejará, justamente, sin piernas. En este cuento, más allá de que cierto moralismo se respira detrás de la fingida inocencia de Efrén Hernández, es notable la imagen que se dispara: una especie de cuadro

expresionista, con el paralítico convertido en un árbol, el tren, el paisaje, las nubes, la aguja de coser de la mujer, las piernas, una moneda falsa y un anillo falso: los cuentos de Efrén Hernández se valen del mundo de los objetos y las apariencias para expresar con ellos las realidades del alma [...]”

(*Nota bene:* En jurisprudencia, “tacha” es el motivo legal para desestimar la declaración de un testigo. Vale.)

